

CAPITULO XV

(1525 — 1526)

Los amigos de Cortés retraídos, en San Francisco, conspiran contra Salazar y Chirino. — Llega á México Martín Dorantes. — Salazar avisa la llegada de Dorantes á Chirino. — Preséntanse las cartas de Cortés á los retraídos de San Francisco — Ocurren allí los amigos de Cortés y el ayuntamiento. — Nómbranse gobernadores á Estrada y á Albornoz. — Salazar se prepara á defenderse. — Intímase á Salazar que se rinda y niégase á hacerlo. — Nómbranse los capitanes que deben aprehender á Salazar. — Salen con gente de San Francisco sobre el palacio. — Andrés de Tapia intima rendición á Salazar segunda vez. — Niégase Salazar y los de Tapia atacan el palacio. — Prisión de Salazar. — Nombramientos de funcionarios. — Salazar es encerrado en una jaula. — Viaje á las Hibueras de fray Diego de Altamirano. — Honores hechos á Juana Ruiz de Marcilla. — Chirino, aprehendido en Tlaxcala, es llevado á México y enjaulado. — Conspiraciones de los parciales de Salazar y de Chirino. — Ayudan á éstos los sublevados contra Pedro de Alvarado que habian llegado de Guatemala. — Descúbrese la conspiración. — Son ejecutados Pérez, Lugones y Melgarejo. — El ayuntamiento pide el castigo de Salazar y de Chirino — Nuevas conspiraciones. — Son ajusticiados Escobar, Valverde y Pastrana. — Recíbese en México la noticia de la llegada de Cortés á Veracruz. — Viaje de Cortés de la Habana á Veracruz. — Permanece en esa villa ocho días. — Camino de Cortés á México. — Grandes festejos que se hacen á su paso en las poblaciones del tránsito. — Llega á Ixtapalapan. — Salen á recibirle Estrada, el ayuntamiento y los vecinos de México. — Entrada solemne en la capital. — Celébrase cabildo en San Francisco. — Nombramiento de funcionarios municipales.

Tras lo acontecido entre los gobernadores y fray Martín de Valencia, los retraídos en el convento de San Francisco cobraron ánimo y comenzaron á conspirar sin embozo, comprando caballos y armas, como quien para una guerra se prepara, é imitando á todos los descontentos, acompañarles en su empresa.

Después de varias cartas escritas á Cortés, determinaron que fuese fray Diego de Altamirano en busca del Conquistador, y para alentar á los enemigos de Salazar y Chirino hicieron correr la noticia de que Pedro de Alvarado, con gente de armas en gran número, venía sobre la capital.

Esta noticia alarmó á Salazar, quien, para impedir la entrada de Cortés ó de Alvarado, encargó á Chirino, que andaba por Oaxaca, que ocupase los desfiladeros y puertos de la Sierra, con gente amiga, á fin de hacer resistencia á cualquiera invasión.

Entre tanto, caminando venía para México Martín Dorantes, enviado por Cortés, y llegaba cautelosamente á reunirse con aquellos conspiradores de quienes era caudillo Andrés de Tapia y que contaban ya con cerca de doscientos españoles bien armados.

Salazar, que por la ausencia de Chirino había quedado de único gobernador, pues ni Albornoz ni Estrada tenían intervención en los negocios, cuidó de formar, para seguridad de su persona, una escogida guardia de doscientos hombres, con la que afectaba tener la confianza de sofocar cualquiera sedición.

Todos los historiadores antiguos refieren que Sala-

zar dió un convite en los alrededores de la ciudad y que, aprovechándose de su ausencia, logró Martín Dorantes penetrar hasta el convento de San Francisco sin que el gobernador supiera de su llegada.

Pero esto evidentemente es un error, como lo comprueba una carta de Salazar escrita á Chirino y cuya firma fué reconocida por él en 15 de mayo de 1526 ante el escribano público Pedro del Castillo en el proceso de residencia del bachiller Juan de Ortega.

«A la ora de ahora, que son las tres de la noche, domingo en la noche, á veinte e ocho de Enero, vido como en S. Francisco desta cibdad, es llegado Martin Dorantes, mozo despuelas del Gobernador, e trae cartas del Gobernador e provisiones, el qual á que partió de dondél está á veinte e seis dias, e creemos que queda en las Higueras porque la fecha de una Cédula que yo ví firmada de su mano es á dos de Henero de mil e quinientos e veinte e seis años es la fecha de la Villa de Trujillo ques la de Sn. Gil e de Girgon Célis, e otras de un San Miguel que descia que por la priesa del navío escribia tan breve e por eso creo que vino esta por mar por Guacacualco; e luego esta noche á esta ora, está Xorxe de Alvarado e sus hermanos e Xoan Xoares e otros traydores; espero en Nuesra Señora que nos daremos buena maña, porque creo que mas habia servidores de Dios e de su Magestad, e amigos nuestros, que de los demás. Vá este criado mio á esta ora e non con mas carta, porque luego mañana, sabido todo el caso, ynviaré con yndios ciertos todo el caso.

Vuestra Merced se debe de asegurar de las personas que serán sospechosas, porque acá así fazemos otro tanto; e porque podrá ser que por mar se dispusiese á venir. Tenga Vuestra Merced aviso en los puertos para dar luego sobré, e porque non hay al que descir fasta saber lo demás, e lo que yo despacho á la ora para Pánuco á Gonzalo Docampo para que venga con toda la xente que conociese fiel.

«Nuestro Señor dé gracias á Vuestra Merced e á mí para que sirvamos á Dios e al rey, e faciéndolo que viniere.

«Muy cierto servidor que las manos de Vuestra Merced besa, Gonzalo de Salazar.»

El domingo por la noche llegó Martín Dorantes á San Francisco é inmediatamente dió cuenta á los retraídos del objeto de su comisión, de las cartas que traía y de los poderes y provisiones de que era portador.

En el acto procedieron Andrés de Tapia, Álvaro de Saavedra y otros que con ellos estaban, á dar providencia de reunir al cabildo y á todos los comprometidos para dar cuenta con aquellas provisiones.

Avisado Jorge de Alvarado de lo que pasaba, ocurrió inmediatamente á San Francisco; pero de los regidores y alcaldes sólo uno se presentó.

Urgía la necesidad de dar el golpe al factor antes de que pudiese prepararse y hacer acopio de gente y armas presentando resistencia, que si no llegaba á impedir el triunfo de los de Cortés, al menos podía ser causa de muchas muertes, trastornos y derramamiento de sangre.

La noche estaba tranquila, el cielo despejado y la luna llena alumbraba perfectamente la ciudad. Aprovechando esto Jorge de Alvarado hizo armar á todos los que se encontraban en San Francisco, y él, á caballo y seguido por treinta jinetes bien armados y decididos á todo, recorrió las calles de la población proclamando que Cortés era vivo, que cartas y provisiones suyas habían llegado y estaban en San Francisco, é invitando á quienes verlas quisieran y en algo estimasen el servir al rey, ocurriesen inmediatamente á San Francisco.

El rumor en las altas horas de la noche de aquella cabalgata en una ciudad tan sosegada y silenciosa, los pregones y los gritos de los que acompañaban á Jorge de Alvarado, lo inesperado de la noticia y sobre todo la esperanza halagüeña de verse libres de la tiranía de los gobernadores, todo ello causó á los vecinos de México tan grande como agradable sorpresa. Toda la población estaba en vela; las mujeres asomábanse á las ventanas y balcones, y los hombres salían á inquirir pormenores unos, y otros á reunirse con los que acompañaban á Alvarado.

Andrés de Tapia entre tanto organizaba la tropa, que se reunía en San Francisco, y hacia que en una casa inmediata se celebrase, más que un cabildo, una junta en la que se discutía quién se encargaba de la gober-

nación y justicia de la colonia, supuesta la ausencia de Francisco de Las Casas, nombrado para ello por Cortés.

Uno de los primeros arbitrios que les ocurrió en este lance fué raer en los despachos el nombre de Francisco de Las Casas para escribir en su lugar el de la persona que por ellos fuese designada. Pero no hubo necesidad al fin de aprovechar esos documentos.

El factor, que por sus adictos y parciales tenía conocimiento de cuanto pasaba en la ciudad y en el convento de San Francisco, reunió gente y dispuso la artillería en el palacio de Cortés, allí mismo donde habían aprehendido á Rodrigo de Paz, y estableciendo allí su cuartel general disponiéndose para hacer resistencia, en caso de ser pronto atacado, ó para tomar la iniciativa yendo sobre los conjurados á San Francisco.

Pensó entonces que le sería útil contar con los otros oficiales reales, siquiera porque ellos no estaban tan aborrecidos del pueblo, y muy temprano, casi al amanecer, envió á rogar, con Antonio de Carvajal y con Diego de Ocampo, al tesorero y al contador que fuesen con sus personas á prestarle favor y ayuda; pero ya entonces Jorge de Alvarado, Andrés de Tapia, Álvaro de Saavedra y otros muchos del pueblo y del ayuntamiento, que estaban reunidos en San Francisco, habíanles mandado hacer la misma súplica y ellos abrazaron más gustosamente el partido de los conjurados.

Presentóse primero el tesorero y después llegó el contador á caballo seguido de muchos jinetes amigos y criados suyos.

Como sucede siempre en tales ocasiones, que los que prestan el postrer auxilio en los momentos decisivos son tenidos por de más mérito y valer que los que con su constancia y arrojo han llevado las cosas hasta ese término, apenas se presentaron Estrada y Albornoz entre los sublevados, luego comenzaron todos á dar grandes voces vitoreándoles y proclamando que ellos debían encargarse de la gobernación y justicia; todo eso mezclado con insultos y amenazas á Salazar y á Chirino.

Habían llegado ya casi todos los regidores y alcaldes, y reuniéndose en cabildo en la casa de Luis de la Torre, cercana al monasterio de San Francisco, declararon que, compulsos y apremiados por el factor y el veedor y por el engaño en que estaban de que Cortés era muerto, habían procedido en todos sus actos con obediencia y acatamiento al factor y al veedor; pero que gozando ya de libertad y estando ausente Francisco de Las Casas, á quien Cortés designaba por su teniente, el cabildo, para cortar discordias y rompimientos entre españoles, elegía por gobernadores á Estrada y Albornoz, y acto continuo levantaron y firmaron el acta respectiva é hicieron pregonar los nombramientos y la obediencia á los nuevos gobernadores.

Estrada y Albornoz enviaron inmediatamente un mensajero al factor, previniéndole y rogándole en bien de la paz y tranquilidad de la Nueva España y en obvio de escándalos y muertes, que allanase la casa en donde se había fortificado y fuese á presentarse á los nuevos gobernadores, por ser así conveniente al mejor servicio del rey.

Con el más profundo desprecio oyó el factor aquella intimación, y contestó que no haría lo que á pedir se le enviaba porque él era el gobernador y no don Hernando Cortés ni el tesorero ni el contador, y que ellos y cuantos les acompañaban eran unos traidores.

Tornaron á enviar los de San Francisco á un escribano que insistiese con Salazar rogándole y requiriéndole una, dos y tres veces lo que le tenían prevenido los nuevos gobernadores. No sólo se negó á toda obediencia Gonzalo de Salazar, sino que contestó amenazando y ofreciendo ir á aprehender á Estrada y á Albornoz y á todos cuantos con ellos estaban.

En vista de tanta obstinación y siendo de urgencia el remedio porque con el transcurso del tiempo aumentaba el peligro de resistencia, sabiéndose que Salazar violentamente había mandado por todas partes emisarios en demanda de auxilio, se nombraron los capitanes que debían dirigir á la gente para proceder á la prisión del factor, y fueron Andrés de Tapia, Álvaro de Saavedra y Jorge de Alvarado.

Salieron de San Francisco los sublevados en número de quinientos hombres, y Salazar esperóles encastillado en el palacio de Cortés, teniendo á sus órdenes mil españoles bien armados y doce piezas de artillería que había mandado apostar en las bocas calles.

Llegaron los de San Francisco atrevidamente hasta cerca del palacio, y dejando la tropa situada en las esquinas de las calles que lo rodean, adelantáronse Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado gritando al factor que antes de emprender el combate querían hablar con él, dando su fe de caballeros de que no correría ningún peligro en esa conferencia.

Salió el factor al escuchar aquello, y díjole Tapia en voz alta, llamando por testigos á cuantos estaban en el palacio, que no era justo que tantos españoles se sacrificasen por engaño, que si tenía cartas del rey para desconocer á Cortés las manifestase, y si no se diese por preso, y Tapia y los suyos intercederían con el monarca y con don Hernando Cortés para que perdonasen al factor.

Contestó Salazar que no tenía tal carta del rey, pero que en hacer lo que hacía iba acertado y antes prefería morir que apartarse de ese camino.

Cuando tal respuesta escuchó Tapia, no pudo contenerse, y corriendo las espuelas á su caballo se lanzó sobre Salazar gritando á los que estaban con él: «¡Caballeros, prendedle, no queráis ser traidores!» Furioso Salazar arrebató la mecha encendida que tenía uno de

los artilleros, y acercándola á un cañón gritó á Tapia: «Calla, si no quieres que pegue fuego.»

En este momento don Luis de Guzmán, que mandaba la artillería de Salazar, comenzó á dar voces para que se replegasen todos á la casa porque el enemigo atacaba por la retaguardia. El pavor se apoderó de los ánimos de los soldados, y los que primero alcanzaron á entrar cerraron tras sí las puertas, dejando fuera gran número de sus compañeros que en el momento se unieron con los asaltantes.

Entonces se trabó el combate que duró poco tiempo. Tapia cayó del caballo herido de una pedrada; las puertas del palacio fueron derribadas y los asaltantes entraron furiosos buscando á Salazar.

Jorge de Alvarado logró encontrarle y aprehenderle, pero el pueblo y los soldados querían hacerlo pedazos en el acto, y fué preciso que Tapia llegase en auxilio de Alvarado para que entre los dos pudiesen librar al factor de la horrible muerte que le amenazaba.

Todos los soldados y oficiales que estaban en el palacio huyeron dejándose caer por las ventanas y balcones, sin que nadie por entonces se ocupara en perseguirlos.

Con una gruesa cadena al cuello fué paseado Salazar por todas las calles de México en medio del más espantoso tumulto, porque todos salían á porfía á mirar aquel repentino cambio de fortuna, no creyendo en él, como dice el padre Cabo, «si no se cercioraban con sus ojos.»

Ocurrióse la dificultad de que ni los gobernadores ni los jefes de aquella revolución encontraban lugar seguro que por cárcel pudieran señalar al factor, que aun en aquel estado no carecía de parciales y podían intentar los suyos alguna empresa para libertarle.

Era costumbre entonces que los particulares recibiesen bajo su fe y en sus casas á los presos de distinción; pero en aquellas circunstancias nadie quiso recibir á Gonzalo de Salazar ni hacerse responsable de la guarda de reo de tanta importancia, y para obviar dificultades resolvieron los gobernadores que se hiciese una jaula de madera de grandes vigas como para encerrar alguna fiera, y en esa jaula, custodiado por la gente de más confianza al mando de Juan Rodríguez de Villafuerte, fué encerrado desde luego el factor.

Salieron nombrados en aquella nueva situación Álvaro de Saavedra teniente gobernador en Veracruz y Medellín, Jorge de Alvarado de las Atarazanas, Andrés de Tapia capitán general y Juan de Hinojosa alguacil mayor. Entró también como alcalde mayor el bachiller Juan de Ortega, que después se hizo famoso por la energía con que abrazó el bando de los enemigos de Chirino y Salazar.

Los frailes de San Francisco y los amigos de Cortés resolvieron entonces que se llevase á efecto el proyec-

tado viaje de fray Diego de Altamirano, y éste salió en seguida en busca de Cortés.

Como sucede en todas las reacciones políticas, los perseguidos de la víspera eran los héroes del día, y por más aquilatado se tenía el mérito cuanto más grave había sido la afrenta y más dura la persecución, y sin duda que quien más claro derecho podía alegar á las consideraciones de los vencedores era Juana Ruiz de Marcilla, azotada y afrentada pública é injustamente por orden del factor.

El gobernador Estrada, queriendo alardear de justiciero y revivir la memoria de las crueldades del factor, dispuso una función cívica como en desagravio y satisfacción de Juana Ruiz de Marcilla, la heroína de aquella época de opresión y de tiranía.

Una tarde el gobernador Estrada hizo salir una lujosa cabalgata á la que concurrieron los vecinos de México ricamente ataviados y que recorrió las calles de la ciudad, llevando á la cabeza al gobernador, que conducía en las ancas de su caballo á Juana Ruiz de Marcilla. Aquella solemnidad produjo tal efecto y dió tal respetabilidad á la mujer de Alonso Valiente, que de allí en adelante se consideró como si por la decisión del pueblo se le hubiera dado título de nobleza y nadie la llamó ya sino doña Juana Ruiz de Marcilla.

Pedro Almíndez Chirino, que andaba en la pacificación de la provincia de Oaxaca, tuvo noticia de lo que acontecía en la ciudad, y dejando allá en su lugar á Andrés de Monjarás con algunos jinetes que le acompañaron, se dirigió para Tlaxcala apresurando su camino y retrayéndose en el convento de San Francisco, que en esa ciudad se fabricaba, porque supo que en su seguimiento y con orden de aprehenderle andaba el capitán Andres de Tapia. No le valió, sin embargo, el asilo, que Tapia le sacó del convento y fué llevado á México, en donde, por orden de los gobernadores, quedó encerrado en otra jaula semejante á la que se hizo por el factor ¹.

Los nuevos gobernadores, instalados en el palacio de Cortés, comenzaron á desempeñar su encargo, aunque no muy á gusto de los parciales del Conquistador, que deseaban la ejecución de Salazar y Chirino y que veían que no se daba traza de ello por los gobernadores.

Pasados algunos días y cuando la primera impresión de espanto y de sorpresa se hubo en algo disipado, los amigos de Salazar y de Chirino comenzaron á tramar conspiraciones con objeto de libertarles de su prisión y volverles el gobierno.

Eran gran parte en todas esas conjuraciones muchos españoles que habían desertado de Guatemala y alzóse contra Pedro de Alvarado para venir á México á unirse

¹ Consta por el libro de cabildo de este año, que en 23 de marzo de 1527 se pagaron á Hernando Torres, maestro carpintero, siete pesos por hechura de las jaulas de Salazar y Chirino.

con el factor y el veedor, que allí les ofrecían altos cargos y pingües repartimientos de indios ¹.

Estos amotinados, en número de más de cuarenta, para ejecutar su designio con más seguridad y que Pedro de Alvarado estuviese impedido de seguirles, pusieron una noche fuego á muchas casas de la recién fundada ciudad de Santiago de Guatemala, y mientras los vecinos y soldados se afanaban por apagar el incendio salieron todos ellos tomando el camino para México.

En su tránsito por las provincias que atravesaban, robaron cuanto pudieron sin hacer distinción de españoles é indios, y para más burlarse de Alvarado, en algunos pueblos hacían estatuas á las que ponían con grandes letreros los nombres de Pedro de Alvarado y de otros capitanes y principales personas que con él andaban, haciendo semejanza y aparato con gran solemnidad, de ahorcar y decapitar públicamente aquellas efigies, dejándolas unas veces como recuerdo suspendidas de una horca, y haciéndolas, otras, quemar por mano de los indigenas. Tan pernicioso levadura en sociedad tan turbada como la de México debía necesariamente aumentar las discordias y las perturbaciones haciendo más difícil la dirección de los negocios, más insegura la marcha del gobierno y más terribles, al par que más fáciles, las populares conmociones que entonces, por imitación de los usos y lenguaje de la metrópoli, se llamaron en México *comunidades*.

Como durante el gobierno de Salazar y de Chirino los amigos de Cortés, retraídos en el monasterio de San Francisco, conspiraban y preparaban movimientos sediciosos en la colonia; así luego que esos retraídos tuvieron el poder, entregando el gobierno á Estrada y Albornóz, los partidarios de Salazar y de Chirino, por evitar persecuciones, gozar de impunidad y poder conspirar á mansalva, retrajéronse á su turno en el convento de San Francisco.

¹ Dice Pedro de Alvarado en su requisitoria fecha en Santiago de Guatemala el 23 de febrero de 1526:

«.....fecho todo el fin de me dapiñar e desbaratar, si podieran, e poner en efecto el mal propósito que siempre an ternido, de tener aquesta tierra tiranizada e usurpada á Dios e á su Magestad, e al dicho Senor Gobernador Don Hernando Cortés, los susodichos españoles, especialmente Rodrigo de Castañeda, Pero Fernandez y el Padre Castellano, clérigo; Francisco Lazo, Xoan de San Sebastian, Xoan de Berastegui, Xoan Ruiz, Alonso de Pastrana e Alonso Martin, asturiano artillero; Andres de Leon, Xoan Docampo, Francisco de Granada, Gonzalo Fernandez, Xoan Francés, Pero Hernandez de Niebla, Lope Gallego, Luis Fernandez, herrador; Gaspar de Polanco Perucho, Pero Gallardo, Lorenzo Payo, Cristóbal Rodriguez Sordo, Pero Serrano, Xoan Enriquez, Francisco Valverde, Martin Je la Nisquita Montesinos, e Diego Alcon, e otros muchos; se me fueron e absentaron e amotinaron, sin mi licencia e mandado, de la dicha mi compañía, e despoblaron la Tierra a sus Magestades, dexandome e desamparándome en la extrema necesidad en que despues que a ella pasé e estado y estoy, á cabsa de la rescia e continua guerra que con los naturales della he thernido e thengo; e así lo que peor es, que non contentos con lo susodicho, se an andado e andan por los pueblos comarcanos al camino de la dicha Cibdad, e par otros mas desviados, robando e destruyendo e matando los naturales dellos, por les tomar lo suyo; e cometiendo por los dichos lugares otros insultos e delitos, dinos de ynmoderada punicion e castigo;.....»

Pero como era mayor el número de personas, unas tomaron por asilo el monasterio de México, entre los cuales se contaban el comendador Leonel de Cervantes, Antonio de Carvajal y algunos más de los principales; otros se retrajeron al monasterio de franciscanos de Texcoco, como Pastrana, Valverde, Ruiz y en general los cabecillas de la sublevación de Guatemala, que eran en mayor número que los de México, y otros, como Andrés de Monjarás, que había venido huyendo de Oaxaca, encerráronse en el monasterio también de franciscanos de Tlaxcala. Todos ellos, preparando sordamente, pero con gran actividad, un golpe que debía darse el sábado de Semana Santa, 31 de marzo de 1526.

A punto de estallar la conspiración presentáronse ante el bachiller Juan de Ortega, Diego de Valdenebro y un Juan Guzmán, á quien llamaban el balletero, denunciando todo lo que estaba dispuesto para el día siguiente, sábado de gloria. El bachiller Ortega, con toda la actividad que el caso requería y con toda la energía de su carácter, después de haber mandado aprehender á algunos de los conjurados comenzó el proceso en la tarde, cerca del anochecer, del día 30 de marzo de 1526.

Tomáronse declaraciones á Guzmán, á Valdenebro y á algunos de los presos; hicieronse los respectivos careos, y resultó que el sábado de gloria por la noche, cinco de los conjurados, dirigidos por Juan Pérez de Tuesta, habían de estar con el tesorero y contador, acompañádoles á la hora de hacer colación, y arrojándose sobre ellos aprehenderles ó matarles á la señal convenida. Rodrigo de Castañeda estaría frente á la casa de los gobernadores para entrar con otros á ayudar á los que habrían dado el golpe; un Alonso Hernández de Melgarejo pondría en libertad al tesorero y al contador aprehendiendo á Miguel Díaz, el alcaide, quitándole las llaves de las jaulas, arrojándole en seguida por la ventana; Pedro de Lugones con un grupo de sublevados, se apoderaría de la casa de la Munición, sacando de allí los cañones y poniéndolos en las bocas calles; dos negros estarían ocultos en las caballerizas del palacio para abrir la puerta á otros negros que vendrían de fuera, y entre todos ensillarían los caballos para que montasen los conjurados inmediatamente y pudiesen salir por las calles á reunir sus parciales, alborotar la ciudad y proclamar á Salazar; Diego de Valdenebro y Juan de Guzmán estaban comisionados para dar muerte al alcalde mayor, bachiller Juan de Ortega; el comendador Leonel de Cervantes y Antonio de Carvajal, en el monasterio de San Francisco, con alguna gente, impedirían que fuesen á tomar asilo allí alguno de los de Estrada ó Albornoz, aprehendiendo á los que tal intentasen y conduciéndoles á las casas de Lorenzo Juárez, que estaban inmediatas, y los retraídos de Texcoco debían llegar violentamente en cuanto se diese el golpe.

El sábado de gloria á las tres de la tarde, es decir, en menos de veinticuatro horas, el proceso estaba

terminado y el bachiller Ortega dictaba la sentencia en estos términos: «fallo que los debo de condenar e condeno, á los dichos Alonso de Melgarejo e Pedro de Lugones e Xoan Peres, á que sean sacados caballeros en sendos asnos, con sendas sogas á las gargantas, las manos e pies atados, e con voz deregonero que manifieste su delito, sean traydos por las calles acostumbradas de esta Cibdad, e de allí sean llevados á la horca questá en la plaza de esta Cibdad, de donde sean colgados del pescueso, fasta que mueran naturalmente porque á ellos sea castigo e á los que viesen y oyésen exemplo de cometer lo semejante; condénoles mas en las costas de proceso cuya tasacion á mi rescibo. E por esta mi sentencia difinitiva xuzgando así lo pronuncio e mando en estos escriptos e por ellos. — El Bachiller Xoan de Ortega.»

Notificóse inmediatamente la sentencia á los acusados, apelaron ellos; pero inflexible el alcalde mayor ordenó que se llevase adelante y se hizo la ejecución en la plaza Mayor, sin más variación que el haber sido degollados los reos y no ahorcados, porque en el momento de irse á proceder al acto, estando presentes el tesorero y el contador, uno de los que iban á ser ajusticiados dijo que era hidalgo, y Estrada mandó entonces que los degollasen y no los ahorcasen.

Profundamente quedó conmovida la ciudad con este acontecimiento. Los de Estrada y Albornoz, espantados por lo que habría sucedido si no se hubiera descubierto la conspiración; temerosos los conjurados de que siguiesen por el hilo que daba el proceso contra todos los comprometidos con la misma energía que había comenzado á desplegarse.

El ayuntamiento de México, compuesto de hombres que, como dice el tesorero Estrada en una declaración, debían sus nombramientos á Salazar y á Chirino, presentó una excitativa á los gobernadores Estrada y Albornoz demandádoles el pronto y enérgico castigo de Salazar y Chirino, fundándose en los muchos males que habían causado, y además en que ellos daban pábulo á conspiraciones como la que acababa de descubrirse, y que se multiplicarían mientras el factor y veedor no fuesen ejemplarmente castigados ¹.

Tal solicitud de parte del ayuntamiento no carecía de razón, como vino el tiempo á demostrarlo, pero los alcaldes y regidores temían más un cambio, porque favorecidos ellos por Salazar y Chirino y habiendo tomado después partido por Estrada y Albornoz considerábanse las primeras víctimas en el caso de una reacción; por otra parte, como los gobernadores y el alcalde mayor, Juan de Ortega, andaban tan desconfiados, y daban pruebas de tanta energía, los del ayuntamiento procu-

¹ Firmaron esa excitativa:

«Xoan de la Torre. — Francisco Dávila. — Pablo Mexía. — Andrés de Barrios. — Francisco Verdugo. — Pero Sanchez Farfán. — Gonzalo Mexía. — Hernan López Dávila. — Luis de la Torre — Pedro del Castillo, escribano público é del Consexo.»

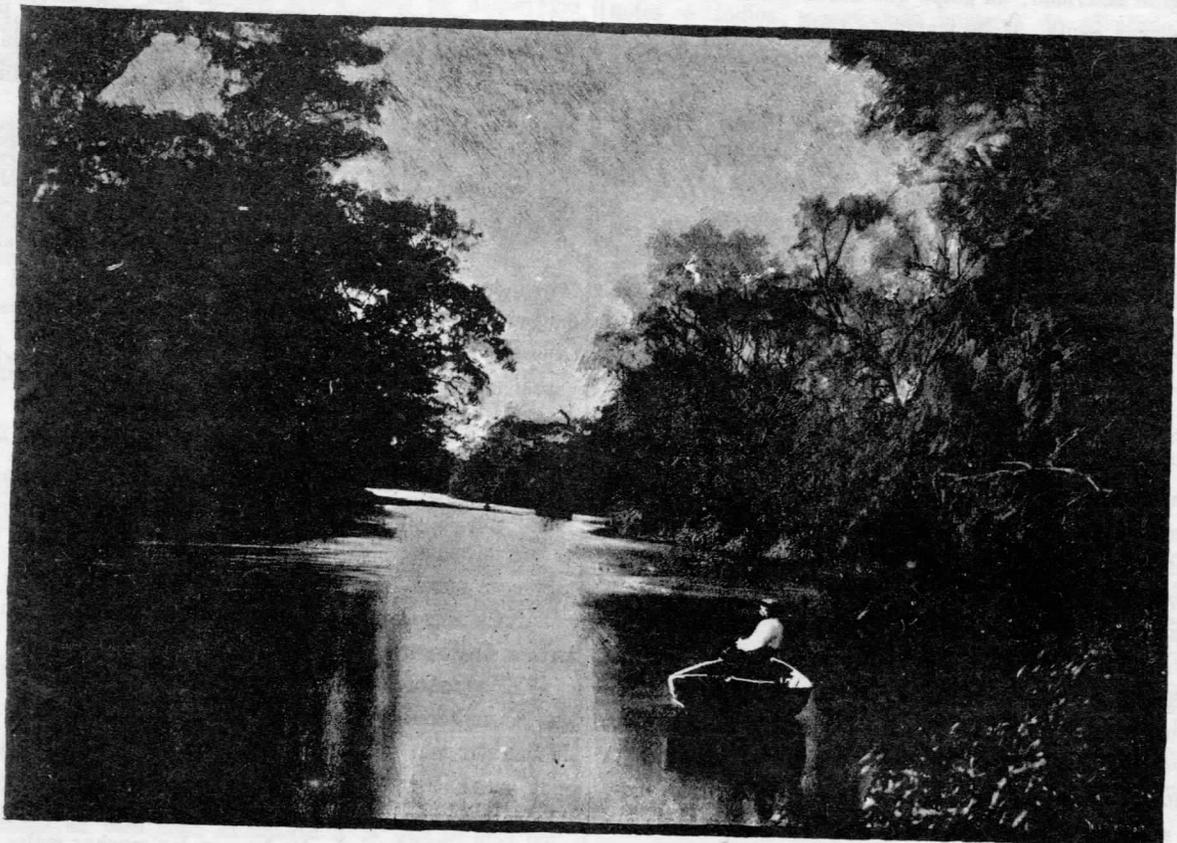
raban mostrar gran celo en el castigo de los vencidos para afianzar mejor un lugar entre los vencedores y el olvido de su anterior conducta; pero ni los gobernadores ni Juan de Ortega atendieron la excitativa del ayuntamiento, ni más persecuciones ni más prisiones hubo por entonces en la ciudad, en donde pareció reinar desde ese día la tranquilidad más completa.

Los retraídos, acobardados en los primeros días, volvieron poco á poco á cobrar ánimo y á preparar un segundo golpe, y por el mes de mayo, una noche, los que estaban en el monasterio de Texcoco, á caballo unos

y á pié otros, pero todos bien armados, entraron en México causando gran alarma y terrible alboroto y fuéronse á reunir con los que había en el monasterio de San Francisco.

No les valió entonces el asilo sagrado. El tesorero, el contador y el bachiller Ortega fueron resueltamente sobre el convento, y á pesar de que los que allí estaban hicieron resistencia, sacáronse presos á muchos, entre ellos á Alonso de Pastrana, Juan Rodríguez, Juan Ruiz, Francisco Valverde y Pedro de Escobar.

Siguióse con la acostumbrada actividad el proceso,



El río de Medellín

y resultó que la mayor parte de aquellos amotinados eran de los que se sublevaron contra Pedro de Alvarado; que tenían el propósito de poner en libertad al factor y al veedor y aprehender ó matar á Estrada, á Albornoz y á Juan Ortega; que se habían movido con tanto empeño en aquella conspiración por haberles escrito de México Pastrana que Hernán Cortés había muerto en el mar en la travesía de vuelta de las Hibueras á Medellín y que el cadáver había sido arrojado al agua en un serón.

El alcalde mayor hizo ahorcar á Alonso de Pastrana, á Francisco de Valverde y á Pedro de Escobar y azotar á Juan Ruiz; y quizá entonces hubieran seguido las ejecuciones si á ese tiempo un acontecimiento inesperado no hubiera venido á hacer que no se pensase ni en conspiraciones ni en castigos.

Era el día de Corpus, 31 de mayo, y estaban los gobernadores con el ayuntamiento en momentos de salir de la iglesia con la procesión, cuando se acercó á ellos Martín Arto con una carta en la que Cortés avisaba su llegada al puerto de Veracruz y que presto se pondría en marcha para México. Publicóse la noticia por bando, y grande fué el regocijo de los habitantes de la ciudad; preparáronse todos á recibir al Conquistador, y el cabildo acordó en 1.º de junio que se diesen doce pesos de oro por albricias al que había traído á México tan buena nueva ¹.

¹ Cabildo de 1.º de junio de 1526.

«Este día, los dichos señores tenientes, e alcaldes, e regidores susodichos dijeron, que por cuanto Martín Arto trajo a esta ciudad las buenas nuevas de la venida del Sr. Gobernador al puerto de Medellín, de lo cual esta ciudad recibió mucho placer y aun sociego

Cortés había descansado cinco días en la Habana y mirando que se restablecía el buen tiempo embarcóse con toda su gente, y después de doce días de camino llegó á Medellín, en donde anclaron los navíos, y el Conquistador saltó á tierra con sus amigos y veinte soldados y comenzó á caminar á pié hasta que encontró unos caballos que llevaban unos pasajeros para Veracruz. Cabalgó Cortés en uno de aquellos animales y llegó á Veracruz antes de que amaneciera.

La iglesia de la villa estaba abierta, y entráronse en ella Cortés y los que le acompañaban; llegó á poco el sacristán, que era recién venido de Castilla, y mirando tanta gente extraña y armada dentro de la iglesia, espantóse y salió dando voces y llamando á la justicia y á los vecinos, y pidiendo auxilio porque la iglesia estaba llena de gente sospechosa.

Alborotáronse los vecinos y salieron el alcalde mayor y los alcaldes ordinarios, los regidores y los alguaciles, todos armados y en son de guerra, y fuéronse para la iglesia adonde entraron de repente y en tropel, mandando con gran enojo que saliesen los que allí estaban.

Tan flaco é inconocible estaba Cortés que tardaron los alcaldes y vecinos mucho en cerciorarse de quien era; pero reconociendo al pronto á fray Juan de Barillas y á otros de los que allí venían, comprendieron que era Hernán Cortés, y cambiando inmediatamente la escena, arrojando todos las armas, atropellábanse por llegar á abrazarle y besarle las manos. Profundamente conmovido Cortés abrazaba á todos y les llamaba por sus nombres, y les decía muchas palabras cariñosas.

Dijose en seguida la misa, llevaron á aposentar á Cortés á las casas de Pedro Medrano, y comenzaron las fiestas y regocijos.

Cortés escribió inmediatamente á los gobernadores, noticiándoles su llegada, y después de haber descansado doce días, salió para México acompañado de una multitud de personas que habían llegado presurosas á encontrarle noticiosas de su llegada.

El camino de Cortés á México fué una verdadera marcha triunfal: por todas partes salían á encontrarle los naturales del país, llevándole de regalo joyas de oro, mantas y ropa de pluma y de algodón, gallinas y frutas de todas clases; limpiaban y aderezaban el camino, regábanlo de flores, y á la entrada de los pueblos salían músicas y danzas á recibir al Conquistador.

Extremáronse y distinguéronse en aquellas manifestaciones los de Tlaxcala y los de Texcoco. Al llegar á esta última población, presentóse á Cortés el contador Albornoz, con una grande y lucida comitiva de españoles

de los alrededores, y dos leguas antes de llegar á México, el tesorero y el ayuntamiento hicieron detener á Cortés y á su comitiva para preparar la solemne entrada del día siguiente.

Quedóse Cortés en Ixtapalapan, y al siguiente día salieron á recibirle el tesorero Estrada con el ayuntamiento y todos los principales conquistadores y vecinos, montados en soberbios caballos ricamente enjaezados, y con magníficos vestidos, porque en ese tiempo era verdaderamente escandaloso el lujo de los españoles en México.

Acompañando aquella brillante cabalgata, venían muchos caciques de México y de Michoacán con numeroso acompañamiento, ostentando los más fantásticos trajes que usaban los naturales de la tierra, y multitud de músicas de españoles y de indios.

Llenóse la laguna de canoas, llenas de indios armados, simulando un gran combate, y por todas partes aparecían grandes comparsas de indios mexicanos ejecutando complicados y difíciles bailes y danzas.

Durante el día no cesaron los regocijos y diversiones, y por la noche todas las casas se iluminaron y se pusieron grandes fogatas en las calles y plazas.

Al día siguiente los franciscanos hicieron una función solemne y una gran procesión en acción de gracias por la llegada de Cortés, y el 21 de junio, en el mismo monasterio de San Francisco, celebróse un cabildo al cual asistió Cortés y recibió de mano de los alcaldes nombrados por Salazar y Chirino, las varas de la justicia, que se entregaron á los nuevamente nombrados, anulándose en el cabildo del día 26 las mercedes de solares hechas durante el gobierno de aquellos funcionarios ¹.

Así terminaron por entonces las inquietudes y turbaciones de la colonia, causadas por la ambición y codicia de los oficiales reales y por la imprudente conducta de Hernán Cortés. La paz y la tranquilidad parecían haberse restablecido, pero aquella calma no era más que aparente, porque sembrados estaban poderosos gérmenes de discordia y abierta la senda de la intriga y de la rebelión, para quienes, audaces é inteligentes, quisieran aprovechar favorables oportunidades de enriquecerse.

Los repetidos cambios de personal en el gobierno y las prodigalidades de los gobernantes para crearse prosélitos corrompido habían aquella naciente sociedad, dando á los españoles la fórmula para acumular riquezas,

¹ Fueron los alcaldes y regidores que hicieron dimisión el 21 de junio de 1526. — Francisco Dávila y Juan de la Torre, alcaldes ordinarios, y regidores Rodrigo Rangel, Luis de la Torre, Pablo Mexía, Hernando López, García Olguín, Francisco Verdugo, Rodrigo Alvarez Chico, Pero Sánchez Farfún y Andrés de Barrios; y formaron el nuevo ayuntamiento Juan Jaramillo y Cristóbal Flores, alcaldes ordinarios y regidores Jorge de Alvarado, Rodrigo Rangel, Luis de la Torre, Andrés de Barrios, Francisco de Villegas, Francisco Dávila, Juan Saucedo, Cristóbal de Salamanca, Alonso de Paz, García Olguín y Alonso Dávalos.

y por que le habia mandado que esta ciudad le daria las albricias, que ellos en nombre de ella le mandaban y mandaron dar doce pesos de oro; e que le dé el libramiento para el mayordomo de la dicha ciudad que de los pesos de oro que de ella tiene, se los pague.»

en cambio de la adulación y la lisonja, y á los indios ejemplo de perturbaciones y de intrigas que ellos, si no en los grandes negocios del gobierno, sí en las pequeñas cuestiones de terrenos, supieron muy bien aprovechar.

Hernán Cortés había sido ultrajado, despreciado en su ausencia; al llegar á México recobró momentáneamente su prestigio; pero estaba dado el primer paso y fácilmente los que lejos osaron contra su autoridad, debían en su presencia desconocerle y procurar su ruina.